

*18 de agosto de 2022 - Jueves de la 20ª semana par*

[Ez 36:23-28; Mt 22:1-14](#)

### **Homilía**

Jesús utiliza a menudo la imagen del banquete de bodas en el Evangelio cuando quiere revelar el misterio de la historia de la salvación.

Reflexionemos un poco sobre el significado de esta imagen. En primer lugar, preguntémosnos qué distingue a un banquete de una comida cotidiana.

La primera diferencia está en la invitación. No te presentas a un banquete sin ser invitado. Es una comida festiva a la que una persona invita libremente a quienes desea. Los invitados son libres de aceptar, pero de alguna manera se ven obligados por esta invitación a revelar si son o no verdaderos amigos.

Y luego, un banquete reúne a varias personas. Para un anfitrión o una anfitriona, es un arte saber elegir bien a sus invitados. Por un lado, es importante evitar reunir en la misma mesa a personas que no pueden reunirse. Por otra parte, un banquete también puede ser una oportunidad para la reconciliación entre personas que tienen algo que perdonarse. También puede ser una oportunidad para hacer nuevas amistades.

El tercer elemento de un banquete es que no es algo que se haga todos los días. Tienes que tener algo o alguien que celebrar: puede ser un nacimiento, una llegada, una partida, un encuentro tras una larga separación, una elección, etc. Siempre es una oportunidad para celebrar. Siempre es una oportunidad para recordar algo que tiene un significado especial para todos los implicados.

Esta celebración implica un cierto compromiso por parte de todos. De hecho, uno ya no puede permitirse ser enemigo después de asistir a un banquete juntos, aunque lo fuera antes.

Un banquete también requiere una comida especial: algo realmente bueno y preparado con cariño, una delicia para los ojos y el sentido del olfato, así como para el gusto. Lo que se come en un banquete no es simplemente para satisfacer el hambre.

Por último, es necesario un atuendo festivo. Una persona bien educada no va a un banquete en "vaqueros".

¡Bueno! Creo que es bastante fácil aplicar todo esto al banquete eucarístico.

Somos huéspedes del Señor Jesús, que nos ha recomendado que nos reunamos así en torno a la mesa en memoria suya. Se trata de algo mucho más importante y rico que el simple hecho de ser fiel a una obligación o a la observancia de una norma. Es una oportunidad para mostrar nuestro amor por la persona que nos invita, sabiendo, además, que siempre estamos invitados.

El que nos invitó, nos llamó desde todas las partes del mundo para hacer de nosotros una comunidad, una iglesia. Es esta llamada la que, más allá de todas nuestras diferencias de ideas, opiniones y preocupaciones, nos convierte en una comunidad.

Estamos reunidos aquí esta mañana para celebrar algo, o más bien a alguien, juntos. Celebramos el misterio pascual de nuestra redención en Cristo. Queremos mantener vivo el recuerdo de quien nos invitó, y volver a escuchar su mensaje.

Tenemos una comida especial, que es el cuerpo y la sangre de Cristo, el sacramento del amor de Jesús por nosotros y el amor que queremos tener los unos por los otros.

También nosotros tenemos una vestimenta especial, pues fuimos revestidos de Cristo el día de nuestro bautismo; y sin esa vestimenta no podríamos celebrar la Eucaristía.

Todo esto requiere un compromiso por nuestra parte: un compromiso de vivir el mensaje recibido, y de manifestar en nuestra vida actual los lazos que se han restaurado o reforzado; un compromiso de transmitir la invitación a todos; y, finalmente, un compromiso de hacer posible que todos participen en este banquete.

Que el Señor nos dé la fuerza para ser fieles a estos compromisos.